

"que pudieran"... Estas pocas palabras prueban que ochenta años hace un mexicano había conocido la importancia de nuestra minería, tan bien al menos, como medio siglo después la comprendió el ilustre extranjero que tanta fama le dió en Europa; y la obra del Sr. Gamboa, esa obra fruto de asiduos y penosos trabajos, que dedicó al único rey de la casa de Borbon, al que hubiera debido ofrecerla un mexicano; esa obra, digo, probará, que si se exceptúa al insigne Velazquez de Leon, ningún mexicano antes ni después de él, se dedicó con mayor empeño a que floreciera el ramo interesantísimo del que depende la prosperidad de México.

Prescindamos de sus otros títulos; olvidemos la gloria del abogado íntegro y sabio, del literato distinguido, del magistrado incorruptible, del escritor exacto y puro, del filántropo que mejoró la condición de los desgraciados, ¡el solo título que acabamos de indicar no coloca a Gamboa entre el número de los más ilustres mexicanos! No basta para salvar su nombre del olvido ó del abandono en que yace la historia de nuestra existencia colonial! Ni se sospeche siquiera que las palabras arriba esplicadas no eran más que una vaga declamación, el simple anuncio de una proposición vulgar que todos repitieran. Una obra entera prueba que aquel aserto era el resultado de un estudio íntenso, de una laboriosidad admirable.

La obra del Sr. Gamboa reúne cuanto tiene relación con la minería, y en las variadas cuestiones que en ella se contienen, se encuentra cuanto sobre ellas se sabía en aquella época. Los Comentarios de las ordenanzas comienzan con la historia de la legislación de minería y abrazan todo lo que ella ha dispuesto sobre la naturaleza de su propiedad y sobre el modo de adquirirla, conservarla y perderla. La teoría y condiciones del denuncia; la concurrencia de varios denunciantes que pone en cuestión á quien deba declararse el derecho; la clase de trabajos que sea necesario hacer para conservar la propiedad el despueble que hace perder la mina adquirida; las obras á que está obligado el minero ya en beneficio público, ya en el de las minas inmediatas, y la naturaleza y procedimiento de todos los recursos que pueden servir para dilucidar esos derechos; todo se encuentra allí tratado, con la sencillez, claridad y solidez, que hemos dicho formaban el carácter de sus obras. En aquella época regían aun las ordenanzas del Nuevo Cuaderno, las cuales eran con mucho inferiores á las que después formó el sabio Velazquez de Leon, y admirar por lo mismo cómo el Sr. Gamboa, guiado con su alta inteligencia y sus profundos estudios, completó aquella legislación imperfecta. Aclaró lo oscuro, suplió lo defectuoso, cambió lo que estaba en discordia, y promovió las refor-

mas cuya utilidad demostrará el tiempo. ¿Qué más podía pedirse de un juriconsulto!

Pero como el Sr. Gamboa no era solo abogado, vió que las leyes relativas á la minería, arreglando los modos de medir y trabajar las minas, entraban en porrenos verdaderamente científicos sobre la topografía, la geometría subterránea y la mineralogía; comprendió la importancia de estos conocimientos en el progreso de aquel ramo, y juzgó que no se podía ni alegar como abogado, ni fallar como juez en aquellas materias sin conocerlas, y descando no solo de esta instrucción, sino guiar á los peritos mismos, de cuya ignorancia se quejaba justamente á cada paso, escribió un tratado de *geometría subterránea* que forma algunos capítulos de sus doctos Comentarios.

Si consideramos esta parte de la obra comprándola con su tiempo, veremos que sobre reunir todos los conocimientos adquiridos en aquella época, su exposición es tan sencilla, tan metódica y tan adaptable, que debió considerarse como un excelente manual práctico. La ciencia ha adelantado hoy inmensurablemente; los métodos, las fórmulas y los instrumentos recomendados por el Sr. Gamboa, han sido casi todos sustituidos con otros mucho más sencillos y perfectos. Esto consiste en el progreso del tiempo, y en nada disminuye el mérito del que superior á su época y á su país, estuvo al nivel de lo que se sabía en el extranjero.

Ni habría por qué negar el atraso de aquella época; hoy mismo con tantos y tan favorables elementos se conserva la antigua Ordenanza de tierras y aguas, singular monumento de la mas crasa barbarie (8) y las operaciones con que las mas veces se verifican las medidas, son de tal suerte groseras é inexactas, que se puede asegurar que no sirven más que de fundar erróneamente los derechos de los propietarios. ¿Qué sería, pues, lo que habría hace noventa años, y lo que se haría en una de las mas difíciles aplicaciones de la geometría! El Sr. Gamboa asegura que la mayor parte de los peritos, solo por *mal nombre* podían

(8) Para que pueda formarse una idea de lo absurdo de esta ley importantísima, baste decir que ella previene que la medida se verifique y calcule, midiendo los lados con el cordel, "por encima de peñas y riscos, subiéndolo y bajándolo cerros, lomas y laderas, pasando por barrancas &c." con lo cual sin duda la medida será necesariamente mala, muy mala. También admira como el que formó tales Ordenanzas, no sabía siquiera el sencillo principio de que "la suma del cuadrado de los catetos, es igual al cuadrado de la hipotenusa" y fué á establecer por principio que la diagonal de un sitio de ganado mayor ó sea de un cuadrado de 5,000 varas por cada lado) tenía 7,000 varas. Me parece que una operación puramente gráfica lo habría desengañado de tan grosero error; y no acierto la razón por la que haya subsistido una ley tan absurda, dejando que los propietarios midan sus fincas de una manera tan ruinosa, cuando era muy sencillo dar una ley que arreglase esta materia.

llamarse así, que eran tan ignorantes que no sabían ni usar el agujón, y que con sus errores hicieron perder grandes sumas y dieron lugar á mil ruinosos pleitos.

Así el Sr. Gamboa, para desempeñar esta parte de su obra, tuvo que recurrir no solo á los pocos y escasos tratados que corrían en aquella época, en español y en latín, sino á las obras recién publicadas en Francia; y no contento con esto, aprovechó su residencia en Madrid y sus relaciones con el sabio jesuita Cristiano Rieger, que había sido en Viena catedrático de matemáticas y física experimental, y estudió con tesón los mejores escritos publicados en Alemania sobre los trabajos de minas. De ellos tomó la mayor parte de los conocimientos que brillan en su obra, y los mexicanos amantes de los títulos gloriosos de su patria, y todos los hombres que se complacen en ver cómo el estudio y el talento superan las mas grandes dificultades, se admirarán, si recorriendo la obra del Sr. Gamboa, ven cuán variada fué su lectura, cuán profundos y sólidos eran sus estudios en estas ciencias, y cómo la rectitud de su juicio, y los prodigiosos fueros de su memoria, le sirvieron para aprovechar sus trabajos. Se encuentra también en ellos un Tratado del beneficio de los metales, en el cual se conserva perfectamente la historia de la ciencia en aquel tiempo; allí se ve en lo que hemos adelantado, y en lo que aun permanecemos estacionarios.

Pero, aclarada la legislación de la minería, y popularizados los conocimientos necesarios para dirigir con acierto las labores, quedaba todavía que considerar este giro en sus relaciones económicas, verlo estrechamente ligado con la prosperidad pública, y promover sus mejoras, considerando este aspecto importantísimo, y esto que solo un hombre superior pudiera conocerlo, lo trató el Sr. Gamboa de una manera que prueba cuanto mas le valia su genio que su tiempo.

Comienza por las primeras operaciones, descubre todos los errores de los particulares, analiza la influencia de las costumbres, examina la manera de dirigir esas negociaciones, comprende perfectamente los elementos de su prosperidad, y desde las mas sencillas reformas de la economía privada, hasta las mas complicadas combinaciones de la ciencia administrativa, promovió útiles reformas. Enunciarlas fuera alargar demasiado su biografía. Pero no será por demas llamar la atención sobre las reflexiones que hizo contra el despilfarró habitual de la clase minera, sobre la falta de prevision con que se emprenden en ella especulaciones, y el poco cálculo con que se llevan adelante, sobre el abuso de preferir la rutina á las teorías científicas, y sobre la necesidad indispensable de alentar el espíritu de asociación para esta clase de empresas. Al

tratar esta materia, al mostrar las ventajas de las compañías, desvaneciendo al mismo tiempo la desfavorable impresión que había dejado el mal éxito de algunas, dijo cuanto podría decirse, y un hombre que probablemente murió sin saber que comenzaba á estudiarse una ciencia que se llamaría economía política, trató una de sus cuestiones mas importantes con admirable maestría.

La idea de asociar á todos los mineros, y de establecer una dirección general, que fuese al mismo tiempo una junta de avío, esta idea tan recomendada después, le fue conocida y en su obra se ve largamente desarrollada.

Ni olvidemos tampoco que su alma justa y noble, proponiendo esas mejoras, defendió algunas veces con asombrosa energía los derechos de las colonias. En la importante cuestion de azogues se le ve impugnar sin disfriz ni temor, el sistema que hacia tributaria de España la minería de México; y al fundar la necesidad de que se estableciera otra casa de moneda en Guadalajara ó en Zacatecas (9), pintando la miserable situación á la que estaba reducido el interior por falta de circulación, y refutando vigorosamente los miserables sofismas con que se pretendía impedir tan interesante mejora, defendió la causa del país contra el péssimo cálculo de los que creen conveniente sacrificarlo todo á la capital, ¡triste sistema que ha costado á México la libertad, y que le costará tal vez la nacionalidad misma! En fin, baste decir que la obra del Sr. Gamboa, es un monumento histórico del mas alto interés, para que se comprenda que es necesario verlo, y que no se le puede describir.

XI.

Vuelvo de España el Sr. Gamboa.—Continuación y fin de su vida.

Con lo antes espuesto, queda ya mostrado lo que fué el Sr. Gamboa como escritor, y como este era el mas importante aspecto de su vida, temo que concluida esta narración se acabe el interés del lector. Pero estamos concluyendo ya, y creo que es muy natural preguntar, ¿si Gamboa no hizo en la corte mas que los Comentarios! Viviendo en Madrid, relacionado con los hombres que se hacían notar mas, estimado de la corte y querido del buen Carlos III,

(9) Establecida una sola casa de moneda en México, las plazas pastas de Guanajuato, Zacatecas, Chihuahua, Sonora y demas lugares remotos, venían por sercañadas causando, á sus dueños considerables gastos y dilaciones onerosísimas. Además, la plata no volvía, sino que su valor se remitía en memoria de efectos, porque no había tampoco mas que dos puertos habilitados; y en el interior todos los artículos eran carísimos y la circulación de la moneda tan escasa, que el Sr. Gamboa refiere que para pagar los sueldos de la audiencia de Guadalajara, fué preciso algunas veces mandar de aquí dinero. Caléúlese lo que este solo privilegio de la capital habrá influido contra la población, industria y riqueza de la república.

no llegaría a sus oídos nada de lo que pasaba entonces en la Francia? Aquella filosofía que consumaba una inmensa revolución social, y que tenía no pocos admiradores entre los cortesanos de España, le fué del todo desconocida? Muchas veces me lo he preguntado: cuanto en mi estu- viera he hecho para inquirirlo, y nada he logrado. No he podido leer nada de lo que Gamboa escribió después de su viaje, y ni Beristain ni Alzate han podido hablar una palabra de tal materia. ¡Lamentable laguna de una vida, cuya relacion es- cita tanto interes!

Con todo, hay dos datos para sospechar que Gamboa se ocupó de algo mas que de los Co- mentarios, y que no fué extraño á los sucesos y las ideas que se apercibían entonces apenas en la corte; y el primero de ellos es un servicio prestado por él á la humanidad, luego que en 1765 volvió con el cargo de alcalde del cri- men, para el que fué nombrado el 11 de Abril de 64 á propuesta del consejo de Indias. Oigamos á Alzate. "Habia, dice, en esta corte la costumbre, ó por mejor decir, corruptela enve- jecida, de remitir á los obrages á los sirvien- tes aduendados, ó algunos otros á quienes tal vez por culpas ligeras se condenaba á una mul- ta pecuniaria, con el fin de que la devengasen allí por medio de su trabajo personal. Los dueños de obrages que carecian de esclavos, encontraban en estas remisiones un recurso se- guro para sus faenas, ó bien prestaban á los jó- venes incautos cierta porcion de dinero con la condicion de que no pagándola éstos al plazo estipulado, pudieran en cambio apoderarse de sus personas y tratarlas con toda la dureza é in- humanidad que causaria horror aun en un es- clavo. En efecto, allí habia cadenas, grillos, y qué sé yo, que otra multitud de instrumentos y prisiones inventadas para castigo de malhe- chores.

"Los infelices operarios gemian bajo esta mi- serable esclavitud, sin mas esperanzas de salir del poder de estos amos bárbaros que la de la destincion de la deuda. En vano se habian to- mado las mas sábias y estrechas providencias "por el superior gobierno para atajar este abuso: los dueños de obrages hallaban siempre arbi- trario para eludirlas, y llegó á tanta su insolencia que aun en los dias festivos conducian públicamente cargados de cadenas á estos desdicha- dos al santuario de la Piedad y de la Miseri- cordia. Un espectáculo tan cruel no podia menos que horrorizar á todos los especta- dores, que clamaban contra semejante crueldad, "opuesta á todas las leyes divinas y humanas; pero los ayes de estos infelices llegaron últi- mamente á los oídos del Sr. Gamboa, quien "conmovido de tan riguroso tratamiento, formó la loable resolucio de extermiar este abuso,

"representando al superior gobierno la necesi- dad de arreglar éstas oficinas, y de hacer ver á "sus dueños que la cualidad de amos, no les da "ba derecho sobre los miembros de sus sirvien- tes, y que no estábamos en aquellos tiempos "agrestes de Roma, en que si el deudor no se "transigia con su acreedor, podia éste despues "de la primera dilacion legal, ponerlo en prision "por espacio de sesenta dias, y á continuacion "despedazar su cuerpo ó venderlo á los estran- "geros que habitaban de la otra parte del Tiber."

Como yo tengo la firme persuasíon de que á los filósofos del siglo XVIII, y solo á ellos se deben las mejoras de la legislacion criminal, no me parece extraño que la conducta del Sr. Gam- boa fuera el resultado del conocimiento que hu- biera adquirido de lo que en aquellos años se escribia sobre tan importante materia. Pero sea esto así, ó bien haya provenido su modo de obrar de un sentimiento natural de horror á la injusti- cia, esta accion le hará siempre grande honor; y sin duda que si tal reforma se hubiera debido á un magistrado en alguna nacion europea, por este solo hecho habria sido venerada su memoria, como la de un grande hombre; mientras que en México casi no se conoce ya el por tantos títulos ilustre D. FRANCISCO JAVIER GAMBOA.

Tambien aumenta la fuerza de esta induccion el que la residencia de Gamboa en México, á pesar de que se habia señalado con beneficios públicos de la mayor importancia, escitó re- celos en la corte de Madrid, la que lo llamó en 1769 para que continuara allá sus servicios. Cua- les hayan sido las causas de esta especie de des- tierro, las ignoramos: Beristain anuncia que fué un efecto "del fanatismo con que en aquellos años se trataba á los amigos y discípulos de los jesuitas," y nosotros sabemos solo que merced á las buenas relaciones y ventajoso concepto de que disfrutaba en la corte, logró en 1774 volver á México ascendido á la plaza de oidor, despues de haber renunciado igual empleo en la audiencia de Barcelona. Pero volvió á tener que dejar su deliciosa patria para ir á Santo Domingo de regente de la audiencia, de donde, en fin, vol- vió á México con el mismo empleo, empeno de la mas alta importancia y que contenia el honor supremo á que pudiera llegarse en la carrera del foro. "Que sea siempre grata la memoria del me- ritorio dignísimo que lo alcanzó con su mérito y lo honró con sus virtudes!

La vida de Gamboa como magistrado, lejos de carecer de interes, ofrece el ejemplo sublimé de un juez sabio, recto é infatigable; nuestra des- gracia está en tener pocos datos sobre ella; pero los que nos han llegado son en extremo aprecia- bles, pues á mas de lo que ya hemos dicho so- bre su prudencia, justicia y humanidad, consta se le encargaban los mas delicados é importan-

tes trabajos. En Santo Domingo hizo el Código negro para gobierno de los esclavos, por co- misión especial del rey, y formó tambien las Or- denanzas de aquella audiencia. En México, Alzate despues de referir que arregló muchos pun- tos de policía y administracion, como lo de pana- derías, pulquerías, tierras, aguas, loterías &c.; que se le debió el desenfaje pacífico y feliz de la sublevacion del Real del Monte y Pachuca, que tanto alarmó á México en 1766, y que siendo al- calde del crimen rondaba todas las noches, lle- gando á conseguir el que desapareciesen los in- numerables ladrones que infestaban á México, con- cluye con decir que "todo mudaba de aspecto y todo florecia bajo su sabia administracion." A estos méritos debe agregarse el que contrajo sal- vando de su ruina y arreglando con impropio tra- bajo, los fondos de los colegios de Naturales, de Inditas de Guadalupe, y de S. Gregorio de esta ciudad.

Este último colegio, que bajo la sabia direc- cion de su actual rector, ha llegado á ser incom- testablemente el primero de la república, no ha olvidado el nombre de su bienhechor. Su re- trato se conserva en aquel establecimiento; su nombre está esculpido entre los de los mexica- nos ilustres que han honrado á nuestra patria, y una de las primeras funciones literarias de aquel establecimiento, se consagró á la memoria de este hombre tan grande como olvidado. El que esto escribe ofrece estos pobres renglones al rector y á los alumnos de aquel colegio: ellos tie- nen indisputable derecho á cuanto proclama la gloria de aquel que, los primeros, han sabido apreciar; y aunque estos simples apuntes, escri- tos para formar la biografía nada valen, no me ha sido posible reunir mas datos, ni espero lograrlo.

XII

Escasez de datos para la biografía del Sr. Gamboa.—Impor- tancia de su época.—Conclusion.

Cuando leí en el Sr. Beristain, que la bibliote- ca publica de esta catedral poseia las preciosas obras del Sr. Gamboa (10), tuve esto por un ha-

(10) Hé aquí el catálogo de las obras del Sr. Gam- boa, como se halla en la biblioteca Hispano-americana. Beristain dice: "En su copiosa y selecta biblioteca de- jó diez y siete tomos en folio, que escribió sobre diver- sas materias, y contienen los siguientes escritos.

"Defensa del coronel D. Manuel de Rivas Cacho, sobre "unidad del testamento nupcial de su mujer Doña "Josefa Franco Solo." Imp. en México en la imprenta "Nueva 1755 en 345 hojas en fol.—*Apéndice al sufragio "del coronel Rivas Cacho, y extracto de los errores notados "en los escritos del Br. Foca." Imp. en México en la "única imprenta 1754, fol.—Memorial quejoso sobre la "erección de la colegiata de Nra. Sra. de Guadalupe de "México.—Comentarios á las Ordenanzas de Minas, de- "ducidas al calidísimo rey D. Carlos III, siempre magnánimo, "siempre feliz, siempre augusto." Imp. en Madrid 1761, fol.*

"Es obra de singular mérito, capaz de afianzar en "la posteridad el concepto de un sabio y eruditísimo le- "trado. Acompañan á dichos Comentarios tres Opúscu- "los.—1. De la geometría subterránea usada en las minas

largo, y me dirigi lleno de contento á pedir las, resuelto á leerlas, y saboreando el gusto de formar su biografía, bajo el plan con que yo he creído que debían formarse las de los hombres ilustres de su género.... Pero los manuscritos ya no existen: las obras del Sr. Gamboa con otros ciento y tantos tomos de inestimable precio, pues contenian todo lo inédito que se habia reunido sobre nuestra época colonial, fueron (segun me informó el bibliotecario) pedidos hace mucho tiempo por el gobierno; no han vuelto, y no tengo esperanza de leerlos. Quizá otro mas dichoso que yo, lo conseguirá y desempeñará el trabajo que yo ícababa, no consultando mis fuer- zas sino mis deseos, de que no quede olvidado lo que nos pertenece; de que por inercia y aban- dono no se pierdan inestimables títulos de gloria nacional.

Siempre he creído que lo era y muy preciso para nosotros y para la ciudad querida en que vi la luz primera, este hombre por tantos títulos venerable. Si un dia se escribe la *historia literaria y social de México*, este personaje que nacido en principios del siglo XVIII, murió en su fin (4 de Junio de 1794) viendo cuanto en el pasó, hará un gran papel, porque es una grande época la suya, y porque él fué tambien grande en ella.

Algunas veces meditando tranquilamente he creído ver un grande y magnífico cuadro en el movimiento de la inteligencia en México, y me he imaginado mirando sus principales partes. Débil, oprimido y amenazado el talento contaba pocas páginas, pobres analés, apenas ilustrados por un Sigüenza por una Sor Juana, Inés y otras espocásimas espociones, cuando aparece una época que cuenta á Gamboa, á Alzate, á Cobo, á Abad, á Velaquez, á Alegre, á Gama, á Clavi- jero, á Ellullar, á Portillo, y á tantos otros que hubieran ilustrado cualquier época, y honrado cualquier nacion. He aquí un periodo de sólidos estudios, de difícil saber y esquisito gusto; pe- riodo que todavía podemos reconocer en los poetas, los escritores y los sabios de la edad li- teraria que se iba á seguir, y que cambió del to- do su curso, cuando un gran acontecimiento, la

"de Europa.—2. Esplendor por alfabeto de algunas voces "escasas en los minerales de la N. E.—3. Índice alfabético "de los minerales de la N. E., cuyas ricas á que reconocen "sus platas, y sus distancias de la capital de México.—Nue- "vas Ordenanzas para el gobierno de la real lotería de la "N. E. fechas en 1779. Ms. fol.

"—Se hallan tambien en la biblioteca de la Iglesia "de México.—Defensa de Fr. José Torralba.—Comisión "sobre abasada del Real de Minas del Monte.—Defensa "del Dr. D. Juan Antonio Alvaron, abad de Guadalupe.— "Erección de la Congregacion de Aranzazu y colegio de "S. Teracia.—Distinciones reservadas, y sobre inmundidad. "—Allegaciones por los carnalitos de México.—Allegaciones "sobre impartir auxilios.—Allegaciones en el pleito de la "Compañía de Jesús con Italia.—Comercio de México.— "Sobre pase de la Potente de visitador.—Opúsculos varios,

revolucion inmensa de la independencia, vino á dar otro giro á las ideas, otras aspiraciones al corazón. ¡Qué cambio tan imponente y tan magestuoso!

Hermoso fuera sin duda seguirlo en su desarrollo, y comprendiendo las variadas é interesantes relaciones de las leyes, de las costumbres y las instituciones, la religión y la historia, con la vida científica y literaria de un pueblo, escaminar todo lo que ha habido, todo lo que ha pasado en este país de asombrosas revoluciones. ¡Cuán hermoso sería ver á la inteligencia animarlo todo cuando parecía inmóvil, conmovirlo cuando se creía impotente, luchar y vencer cuando se la juzgaba desarmada é inerte, y luego recibir la ley de lo que ella misma había producido, y vivir con doble vida, sin cesar cambiándolo todo, y variando ella misma! ¡Qué transiciones tan repentinas, que mudanzas tan asombrosas! Visto en general el cuadro, sería grande, imponente, magnífico: acercándose, los pormenores serían ricos, fecundos, encantadores, y cuando el conjunto se ofreciera, sorprendería descubrir tanta riqueza y tanta variedad en este campo que el débil lente de la superficialidad presenta como árido y sin interés. El escritor haría ver tesoros ignorados; mostraría grandes sucesos, memorias gloriosas y hombres admirables. ¡Quién pudiera escribir tal obra; levantar á su patria semejante monumento!... Por mí, las ideas mismas me parece que huyen, como aquellos fantasmas que en nuestros ensueños se acercan hermosos, risueños y brillantes, y que al abrazarlos se vuelven informes, se se retiran, se ofuscan y desvanecen. El sol que alienta en los hermosos días de la vida, y que fecunda la existencia, es un tormento cuando las fuerzas decaen y no pueden recibir el mismo calor que las vivifica; y cuando el corazón está herido mortalmente; cuando las ilusiones dulces con que la tibia han caído las unas después de las otras, como las descaídas hojas del árbol marchito; cuando al acento de esas palabras de gloria y libertad, palabras de indefinible, de mágico encanto, han sucedido crueles desengaños y desoladoras convicciones; entonces el corazón se apaga poco á poco, como el fuego que respira cubierto de cenizas, la inteligencia lánguida y debilitada apenas concibe lo que antes viera con espléndida claridad; y sin entusiasmo y sin porvenir, devorado por el veneno letal de la indiferencia y por las congongas horribles del fastidio, la vida corre lánguida, monótona, sombría, hasta que se apaga la centella de la divinidad que anima al hombre; el pensamiento. ¡Felices los hombres verdaderamente grandes que como el Sr. Gamboa nunca vieron entre la verdad y su genio, ni su época, ni sus infortunios! México, Julio de 1843.—Mariano Otero.

A MI JORABA.

LETRILLA JOGOSA.

¡BIEN hayas tú, primorosa,
Y la redondez que ostentas!
Tan lindamente me sientas
Que te quisiera besar.
¡Cáscaras! Tiene mal gusto
Quien no envidia una joroba;
Que los corazones roba
Todo lo que es circular.
Y si no, ¡qué ojos hermosos
Han sido nunca cuadrados,
Ni qué cabellos dorados
Se han dejado de rizar!
¿Dónde se vió pié divino
Que fuese liso y derecho!
¿Cuándo fué morbido el pecho
De figura triangular!
Cuanto es bello (hablo en lo físico),
De líneas curvas se forma,
Porque el círculo es la norma
De cuanto se hace admirar.
Redondo es el sol, la tierra,
La luna, el cometa (*), un duro
Que es buen mozo, lo aseguro,
Y redondo se ve al mar.
¡Pues siendo tú tan convexa,
Tan anchamente convada,
Tan perfectamente arqueada,
Joroba, no te he de amar!
Te quiero, sí, te requiero,
Y no te doy mil abrazos
Por ser pequeños mis brazos
Para poderte abarcar.
Y un pájaro te regalo,
De ricas plumas galanas,
Que irá todas las mañanas
Sobre tu cima á cantar.
México, Marzo 23 de 1843.—A. P.

Para el rico disipado la mujer es un objeto de lujo, para un niño y para un viejo una nodriza, para el hombre virtuoso ó una corona de martirio, á una palma de gloria.

El trabajo es el sueño de oro de la virtud, el rocío de la existencia, y el mas eficaz antídoto del crimen.

Cabezas como la de Napoleon, son el punto de interseccion de las facultades humanas. Muchos siglos se necesitan para reproducir el mismo fenómeno.—V. Hugo.

(*) Se alude al que tan hermoso se dejó ver las noches pasadas de este mes, y aunque muy alto, está visible todavía.

ESTUDIOS MORALES.

AMOR SECRETO.

Mucho tiempo hacia que Alfredo no me visitaba, hasta que el día menos pensado se presentó en mi cuarto. Su palidez, su largo cabello que caía en desórden sobre sus carrillos hundidos, sus ojos lánguidos y tristes, y por último, los marcados síntomas que le advertía de una grave enfermedad, me alarmaron sobremanera, tanto que no pude evitar el preguntarle la causa del mal, ó mejor dicho, el mal que padecía.

—Es una tontería, un capricho, una quimera lo que me ha puesto en este estado; en una palabra, es un amor secreto.

—¿Es posible?

—Es una historia, prosiguió, insignificante para el comun de las gentes; pero quizá tú la comprenderás; historia, te repito, de esas que dejan huellas tan profundas en la existencia del hombre, que ni el tiempo tiene poder para borrar.

El tono sentimental, á la vez que solemne y lúgubre de Alfredo, me conmovió al extremo; así es que le rogué me contase esa historia de su amor secreto, y el continuó:

—¿Conociste á Carolina?

—Carolina!... ¡Aquella jovencita de rostro espresivo y tierno, de delgada cintura, pié breve!

—La misma.

—Pues en verdad la conocí y me interesé sobremanera... pero...

—A esa jóven, prosiguió Alfredo, la amé con el amor tierno y sublime con que se ama á una madre, á un ángel; pero parece que la fatalidad se interpuso en mi camino, y no permitió que nunca le revelara esta pasión ardiente, pura y santa, que habría hecho su felicidad y la mia.

La primera noche que la ví fué en un baile; ligera, aerea y fantástica como las Sílides, con su hermoso y blanco rostro lleno de alegría y de entusiasmo. La amé en el mismo momento, y procuré abrirme paso entre la multitud para llegar cerca de esa mujer celestial, cuya existencia me pareció desde aquel momento que no pertenecía al mundo, sino á una región superior: me acerqué temblando, con la respiración trabajosa, la frente bañada de un sudor frío... ¡Ah! el amor, el amor verdadero es una enfermedad bien amor. Decía, pues, que me acerqué y procuré articular algunas palabras, y yo no sé lo que

dije; pero el caso es que ella con una afluencia indefinible me invitó á que me sentase á su lado; lo hice, y abriendo sus pequeños labios pronunció algunas palabras indiferentes sobre el color, el viento, &c.; pero á mí me pareció su voz musical, y esas palabras insignificantes sonaron de una manera tan mágica á mis oídos, que aun las escucho en este momento. St esa mujer en aquel acto, me hubiera dicho yo te amo Alfredo; si hubiera tomado mi mano helada entre sus pequeños dedos de alabastro, y me la hubiera estrechado; si me hubiera sido permitido depositar un beso en su blanca frente... ¡Oh! habría llorado de gratitud, me habría vuelto loco, me habría muerto tal vez de placer.

A poco momento un elegante invitó á bailar á Carolina. El cruel, arrebató de mi lado á mi querida, á mi tesoro, á mi ángel. El resto de la noche Carolina bailó, platicó con sus amigos, sonrió con los libertinos pisaverdes; y para mí que la adoraba, no tuvo ya ni una sonrisa, ni una mirada, ni una palabra. Me retiré cabizbajo, celoso, maldiciendo el baile. Cuando llegué á mi casa me arrojé en mi lecho, y me puse á llorar de rabia.

A la mañana siguiente, lo primero que hice fué indagar donde vivía Carolina; pero mis pesquisas por algun tiempo fueron inútiles. Una noche la ví en el teatro, hermosa y engalanada como siempre, con su sonrisa de ángel en los labios, con sus ojos negros y brillantes de alegría. Carolina se rió unas veces con las gracias de los actores, y se entreció otras con las gracias patéticas; en los entreactos paseaba su vista por todo el patio y balcones, escaminala las cascana de los modas, las relumbrautes cadenas y fístoles de los elegantes, saludaba graciosamente con su abanico á sus conocidas, sonreía, platicaba... y para mí, nada... ni una sola vez dirigió la vista por donde estaba mi luneta, á pesar de que mis ojos ardientes y empapados en lágrimas, seguían sus mas insignificantes movimientos. Tambien esa noche fué de insomnio, de delirio; noche de esas en que el lecho quema, en que la fiebre hace latir fuertemente las artérias, en que una imagen fantástica está fija é inmóvil en la orilla de nuestro lecho.

Era menester tomar una resolución. En efec-

to supe por fin dónde vivía Carolina, quienes componían su familia, y el género de vida que tenía. ¡Pero cómo penetrar hasta esas casas opulentas de los ricos! ¡Cómo insinuarme en el corazón de una joven del alto tono, que dedicaba la mitad de su tiempo á descansar en las multitudinarias otomanas de seda, y la otra mitad en adornarse y concurrir en su espléndida carroza á los paseos y á los teatros! ¡Ah! si las mujeres ricas y orgullosas, conociesen cuánto vale ese amor ardiente y puro, que se enciende en nuestros corazones; si miraran el interior de nuestra organización, toda ocupada, por decirlo así, en amar; si reflexionaran que para nosotros, pobres hombres á quienes la fortuna no prodigó riquezas; pero que la naturaleza nos dió un corazón franco y leal, las mujeres son un tesoro inestimable, y las guardamos con el delicado esmero que ellas conservan en un vaso de nécar las azucenas blancas y aromáticas, sin duda nos amarían mucho; pero... las mujeres no son capaces de amar el alma jamás. Su carácter frívolo las inclina á prendarse más de un chalcó, que de un honrado corazón; de una cadena de oro ó de una corbata, que de un cerebro bien organizado.

He aquí mi tormento. Seguir lánguido, triste y cabizajo devorado con mi pasión oculta, á una mujer que corría loca y descuidada entre el méjico y continuado festín de que goza la clase opulenta de México. Carolina iba á los teatros, allí la seguía yo: Carolina en su brillante carroza daba vueltas por las frondosas calles de árboles de la alameda; también allí me hallaba yo sentado en el rincón oscuro de una banca. En todas partes, ella estaba rebosando alegría y dicha, y yo místico, con el alma llena de acibar y el corazón destilando sangre.

Me resolví á escribirle. Di al lacayo una carta, y en la noche me fui al teatro lleno de esperanzas. Esa noche acaso me miraría Carolina, acaso fijaría su atención en mi rostro pálido, y me tendría lástima. --- era mucho esto: tras de la lástima vendría el amor, y entonces sería yo el más feliz de los hombres. ¡Vaya esperanza! En toda la noche logré que Carolina fijase su atención en mi persona. Al cabo de ocho días me desengañé que el lacayo no le había entregado mi carta. Redoblé mis instancias y conseguí por fin, que una amiga suya pusiese en sus manos un billete, escrito con todo el sentimentalismo y candor de un hombre que ama de veras; pero, ¡Dios mío! Carolina recibía diariamente tantos billetes iguales; escuchaba tantas declaraciones de amor; la prodigaban desde sus padres hasta los criados tantas isonías, que no se dignó abrir mi carta, y la devolvió sin preguntar ni aun por curiosidad quién se la escribía.

¡Has experimentado alguna vez el tormento

atroz que se siente, cuando nos desprecia una mujer á quien amamos con toda la fuerza de nuestra alma! ¡Comprendes el martirio horrible de correr día y noche, loco, delirante de amor tras de una mujer que ríe, que no siente, que no ama, que ni aun conoce al que la adora!

Cinco meses duraron estas penas, y yo constante, resignado, no cesaba de seguir sus pasos y observar sus acciones. El contraste era siempre el mismo: ella loca, llena de contento reía y miraba al drama que se llama mundo, al través de un prisma de ilusiones; y yo triste, desesperado, con un amor secreto que nadie podía comprender, miraba á todas las gentes tras la media luz de un velo infernal.

Pasaban ante mi vista mil mujeres; las unas de rostro pálido é interesante; las otras llenas de robustez, y brotándose el nécar por sus rebondas mejillas. Veía unas de cuerpo flexible, cintura breve y pié pequeño; otras robustas, de formas atléticas; aquellas de semblante trístico y romántico; las otras con una cara de risa y alegría clásicas; y ninguna, ninguna de estas flores que se deslizaban ante mis ojos, cuyo aroma percibía, cuya belleza palpaba, hacían latir mi corazón, ni brotar en mi mente una sola idea de felicidad. Todas me eran absolutamente indiferentes; solo amaba á Carolina, y Carolina... ¡Ah! el corazón de las mujeres se entenece, como dice Antony, cuando ven un mendigo á un herido; pero son insensibles cuando un hombre les dice "te amo, te adoro, y tu amor es tan necesario á mi existencia como el sol á las flores, como el viento á las aves, como el agua á los peces," ¡Qué locura! Carolina ignoraba mi amor, como te he repetido, y esto era peor para mí que si me hubiese aborrecido.

La última noche que la vi fué en un baile de máscara. Su disfraz consistía en un dominió de negro negro; pero el instinto del amor me hizo advertir que era ella. La seguí en el salón del teatro, en los palcos, en la cantina, en todas partes donde la diversion la conducía. El ángel puro de mi amor, la casta virgen con quien había yo soñado una existencia entera de ventura doméstica, verla entre el bullicio de un carnaval, sedienta de baile, llena de entusiasmo, embriagada con las isonías y los amores que la decían. ¡Oh! si yo tuviera derechos sobre su corazón, la hubiera llamado, y con una voz dulce y persuasiva la habría dicho: "Carolina mía, corre por una senda de perdición: los hombres sensatos nunca escogen para esposas á las mujeres que se encuentran en medio de las escenas de prostitución y voluptuosidad; séparate por piedad de esta reunión cuyo aliento empaña tu hermosura, cuyos placeres marchitan la blanca flor de tu inocencia; ámame solo á mí Carolina, y encontrarás un corazón sincero, donde vacies cuantos sentimientos

tos tengas en el tuyo; ámame, porque yo no te perderé ni te dejaré morir entre el llanto y los tormentos de una pasión desgraciada." Mil cosas más la hubiera dicho; pero Carolina no quiso escucharme: hube de mí y risueño abracé el brazo á los que la prodigaban esas palabras vagas y engañadoras, que la sociedad llama galantería. ¡Pobre Carolina! La amaba tanto, que hubiera querido tener el poder de un Dios, para arrebatársela del peligroso camino en que se hallaba.

Observé que un peímetre de estos almidonados, inestancables, destituidos de moral y de talento, que por una de tantas anomalías aprecia y puede decirse venera la sociedad, platicaba con grande interés con Carolina. En la primera oportunidad lo saqué fuera de la sala; lo insulté, lo desafié, y me hubiera batido á muerte; pero el viento me dijo: qué derechos tiene, y sobre esta mujer! Reflexioné un momento, y con voz ahogada por el dolor, le respondí "ningunos." Fue bien, prosiguió riéndose mi antagonista, yo sí los tengo, yo sí los tengo. ¡El infame sacó de su bolsa una liga, un rizo de pelo, un retrato, unas cartas, en que Carolina le llamaba su tesoro, su único dueño. Ya ve, vd. pobre hombre, me dijo dejándose, Carolina me ama, y con todo la voy á dejar esta noche misma, porque colecciones amorosas iguales á las que ha visto vd. y que tengo en mí cómoda, reclaman mi atención: son de mujeres inocentes y sencillas, y Carolina ha mudado ya ocho amantes.

Sentí al escuchar estas palabras, que el alma abandonaba á mi cuerpo, que mi corazón se estrechaba, que el llanto me oprimía la garganta. Caí en una silla desmayado, y á poco no vi á mi lado mas que un amigo que procuraba humedecer mis labios con un poco de vino.

A los tres días supe que Carolina estaba atacada de una violenta fiebre, y que los médicos desesperaban de su vida. Entonces no hubo consideraciones que me detuvieran, me introduje en su casa decidido á declararle mi amor, á hacerle saber que si había pasado su existencia juvenil entre frívolos y pasajeros placeres, que si su corazón moría con el desconsuelo y vacío horrible de no haber hallado un hombre que la amase de veras, yo estaba allí para asegurarle que lloraría sobre su tumba, que el santo amor que la había tenido lo conservaría vivo en mi corazón. ¡Oh! estas promesas habrían tranquilizado á la pobre niña, que moría en la aurora de su vida, y habría pensado en Dios y muerto con la paz de una santa.

Pero era un delirio hablar de amor á una mujer en los últimos instantes de la vida, cuando los sacerdotes rezaban los salmos en su cabeza; cuando la familia llorosa alumbraba con velas benditas de cera, las facciones marchitas y

pálidas de Carolina. ¡Oh! yo estaba loco; agonizaba también, tenía fiebre en el alma. ¡Imbéciles y locos que somos los hombres!

Después se envió en su capa y quedó sumergido en la mas profunda meditación. Pasado un momento le dije:

¿Y qué sucedió al fin?

Al fin murió Carolina, me contestó; y yo constante la seguí á la tumba, como la había seguido á los teatros y á las máscaras. Al cubrir la fría tierra los últimos restos de una criatura poco antes tan hermosa, tan alegre y tan contenta, desaparecieron también mis risueñas esperanzas, las solas ilusiones de mi vida. Alfredo salió de mi cuarto sin despedida.

M. PAYSON.

CARTA DE UN EMPLEADO A SU NOVIA.

(ARTÍCULO REMITIDO.)

ACUSARME de falsa, piedad amada, y á fé que eres injusta; si no toniera éfímera, te dijera que me honra tu celo.

Dices que me dejó llevar de ilusiones: ¿cómo de nuevo sentí amor, sabiendo que es mi pan cotidiano? ¡Ah! ¡plagrat! Vesme gorrió, aunque pálido, y lo atribuyes á contento. ¿No sabes que en esta oficina, el solo efecto que no escansa es el agua, y que estoy en peligro de morir litérgico, porque cuando, como todos mis compañeros, el hambre con la seña!

A pesar de eso, te obsequio cuanto puedo; en arreos continúo las obediencias á tu casa; los molinos de los típicos, que formas con tan exquisito primor, son de nominas y oficios echados á perder; y en papel de timbre nacional he visto envuelta mas de una *cola de carnero*, y escrita mas de una lista de lavandera.

Tú eres el número que me ha hecho buen pendolista: las siete horas de oficina las empleo en escribirte mi nombre de forma inglesa, y poner el tuyo entre rasgos y caprichos que harían honor á Meyer. Yo amar á otra, pase; pero que otra me ame? ¡Disparate! Ciento es que un pobre empleado no lleva escrita en la frente *maldeción*; pero lleva escrito *hambre*, y este es el conjunto mas eficaz de las tentaciones.

Dicesme que apurará el espumoso Champaña; ¡desgraciado de mí! No conozco mas botellas que las de la tinta, y es licor que á ningún bicho hace buen estómago. ¡Distinga tus tonos, vida mía, que contigo como con nadie, soy sincero: ni te ríen las vísparas de tu cumpleaños, por no darte cuélgas; ni te prohibo peligrosas diversiones, como esos teatros, toros, &c., con tal que tú batesques para la entrada al espectáculo; ni puedes desconocerme, porque á mas de que mi único traje no hay empleado de monte-pío ni de tienda que no lo haya avaluado, no hay casero que no lo tenga en el magín, ni ministro *ejecutor* que no lo distinga de á legua; mi solo modo de variar me sería con el uniforme de Adán; pero esto, á mas de no estar en mis principios, tendría el grave inconveniente, de que podría rogarle el Sr. conservador del museo, como cosa curiosa en su género, de momia viviente.

Insistes en que las artes y las ciencias todo lo han logrado reproducir, menos los maridos, por lo que puedo ser codiciado, aunque oficinista; eso es una chanza; los empleados pobres somos una especie de género neutro, que no tenemos atractivo para nadie.

He tratado de hablarte á la razón, por ser lo que el empleado tiene en mas abundancia, razones; con ellas quedarás satisfecha, y así restituirás la calma á lo único que creo tener de carne en mi maltratado cuerpo, el corazón.

Tuyo—Panchito Sonaja.



A MI AMIGO EULALIO MARIA ORTEGA.

Con llanto de entusiasmo te lo ruego,
Dios de la inmensidad, alza mi canto,
Robustece mi voz, y con tu soplo
Purifica las cuerdas de mi lira.
Refleja un rayo de tu luz intensa,
Féligo, vivo, en mi abrasada mente,
Y haz que se reproduzca resplandeciente
Como en el seno de la mar inmensa
El sol omnipotente.
Oigo el crujir de tus divinas alas
Angel de inspiración, yo te saludo,
Ven, arrelata mi alma por los aires
Como el aura el perfume de la rosa
Que muere ajada entre el inhumano fango:
Y así elevado, con la faz radiosa,
Empuñando la lira resonante
Bajo el dosel espléndido del cielo,
Hasta los astros alzaré mi vuelo.

Allá te cantaré, raudó Cometa,
Allí bajo tu cauda esplendorosa
Que ora invade arrogante el firmamento,
Yo pulsaré mi lira de poeta.
Gloria, gloria inmortal, entre tu lumbré
Grande es verter torrentes de armonía,
De este raudal inmenso, inagotable,
De este eterno en un rapto de deleite
Lo legó al mundo y lo llamó poesía.

Ven, sublime proscrito de los cielos,
Huérfano entre los astros, vagamundo,
Que parece que lloras en la tumba
Del padre de la luz, rey destronado,
¿En dónde está tu corte y tu grandeza?
¿Hacia dónde caminas descarriado!
¡Inútil y extranjera es tu belleza!

Desprendido cual hoja del arbusto
De otro grande y magnífico sistema
Te arranca Dios de tu supremo solío,
Rompió contra tus sienas tu diadema
Y te condena á recorrer los mares.
Cual guerrero olvidado de su tribu
Vagas solo y salvaje, sin asilo
Como el hijo de Sion, y sin hermanos
Cual planta que germina
Al acaso en desiertos arenales:
¿Cómo debe adorarte el extranjero,
Oh emblema de su lúgubre existencia!

Cuando miro tu pálido semblante,
Tu giro vago por el yermo cielo,
Tu cabello flotante,
Me parece el ángel de la muerte
Que llora por los aires la congoja
Del mundo agonizante.

En la solemne calma de los astros,
¿Oh Cometa! sublime resplandeciente
Como un arco triunfal; al firmamento
Embelléce tu cauda trasparente:
Si ella envuelve amorosa las estrellas
Parece que agradecen el cariño,
Parece envuelta la dichosa esclava
De su señor entre la piel de armiño.

¿Cuál es tu patria, espléndido Cometa!
¿Vienes á revelar al pobre mundo
Su miseria y su nada,
Mensajero atrevido
De raza de gigantes,
De otro linaje de astros rutilantes,
Do este sol, este cielo, estas estrellas

Morirán como pálidas centellas,
Volarán como pajas desparcidas!
¿Eres el carro del sublime arcángel,
En que la gloria del Señor proclama,
En que hace que palpemos su alto nombre,
De donde lanza energético sarcasmo
Al orgullo pueril del débil hombre!

¿Anuncias á la tierra su agonía,
Gráfico signo en el espacio oscuro,
Cual la mano sin cuerpo que en la orgía
Grabó escarmiento en el soberbio muro!

Fenómeno de luz, llama inconstante,
Fantasma que la túnica tendiendo
Sobre el remoto cielo de occidente
Oculta misterioso su semblante.

¿Quién recuerda al gusano de la tierra
Su duda indagadora y su osadía
Cuando te mira á tí, cuando él se afana
En buscar los arcanos del Eterno
Por no adorarle franco y reverente,
Alzarle centos y humillar la frente!
A ese cielo divino solo llega
El vuelo de la fé, por qué aturdido
Buscar el tabo y el cristal mentido,
Para medir con cálculo inseguro
Las obras grandes del Señor inmenso!

Tú sigues impasible tu carrera,
Bastardo de los astros: yo te sigo
Como del borde de la ingrata playa
Se vé el bajel del desterrado amigo.

Dulce en mi soledad me era confiar
Mis sueños de inmortal, cuando admiraba
Tu frente augusta entusiasmado del vulgo,
Yo entre la multitud te idolatraba,
Yo llorando un mensaje te encargaba
Al padre de mi amor, yo te decía:
Cuando la muerte el polvo de mis huesos
Mezcle al sagrado polvo de la tumba
Del padre que perdí, como las hojas
De un invierno á las hojas del pasado
Volveremos á hallarnos en los cielos.

Y te miré alejar, y tu mensaje
Me dió cariño á tí, me dió ternura,
Hizo eterna en mi mente tu hermosura.

¿Adónde vas errante y solitario
Como ave á quien sorprende la tiniebla?
¿Será que vuelvas en tremendo día
A visitar las ruinas de mi patria,
Cual monarca triunfante que contempla
El techo en que en su infancia tuvo abrigo?
Que débil cual la gota de la lluvia
Que se pierde en el mar embravecido,
De ese sol en el piélagos de fuego
Morirás embobido?-----
¿Será que un día en duelo el firmamento,

El mar cuitado, agonizante el mundo,
Rival del sol, frenético te admire
Soberbio disputándole su asiento?

Adios, astro de luz, volveré á verte
Que yo soy inmortal: cuando la muerte
Apague con su soplo el sol postrero,
Mi alma sublime ocupará tu asiento,
Mientras del mundo en la pavesa fria
Tal vez indiferente unirá el viento
Tu vil ceniza á la ceniza mia.
Julio 12 de 843.

GUILLERMO PRIETO.

COSTUMBRES.

D. ANACLETO PARSIMONIA.

¡Pae!!! y cuando vd. menos lo esperaba, Sr. D. Anacleto, le saludo con el ángel, porque de hablar vivo, y por contar vilas ajenas soy capaz de salirme de mísa-----
¿Qué quiere decir ese ceño tan hosco? ¿Qué significa esa gravedad y esa prosopopeya? ¡Seamos amigos, D. Anacleto; desarrógueme vd. esa máscara mientras yo desarrollo el cuadro de sus costumbres á la vista de mis benévolo lectores.

No hay que amosarse, no hay que verme de mal talante, porcuélo digo todo, y pongo el grito en el cielo, y nos escuchan los sordos-----
Mire vd., Sr. D. Anacleto, que no todo lo que relumbra es oro, y el hábito no hace al monje, y ya saben todos que tras de la cruz está el diablo.

Señores, ¡ren vds. qué renuencia de hacer las paces! ¿Ven vds. qué mirada tan despreciativa! No queda por mí, Sr. D. Anacleto, y yo cantando le doy á su señoría una fiebre-----Atencion, noble auditorio, oído á la copla.

Tienes una carita
De San Antonio,
Pero unas malhas bonñas
Como un demonio.

Viva el guapo y aleator bolero; vino que ni de molde para servir de retorno, ó mejor dicho, de estribillo para contaros la vida de ese señor tan formal y tan circunspecto, y tan de buen corazón.

Es un digeíto el Sr. D. Anacleto, que presente se halla; lo veis con su sombrero de ala ancha y su corbata blanca, su chaleco al cuadril y su levita abajo de la rodilla, su pantalón sin una mancha, su palfaceo simétricamente doblado en el bolsillo; su reloj con su cadena de oro terminando en llaves y scellos del propio metal, y su desmedido paraguas, con su funda nécar, ¿quién lo puede confundir? Ese es D. Anacleto, con su cabello sumamente empujado adelante para cubrir la calvicie; hélo ahí, en el santo jubileo de

linojos pasa las horas enteras, sonríe al descuido con el sacristán, oprime en silencio la mano del M. R. P. predicador. ¡Qué éxtasis con los santos! ¡Qué conmovido reza las estaciones! ¡Quién al verlo no dirá conrito, ¡oh D. Analecto!

*Tienes una carita
De S. Antonio!*

—Deo gracias.
—A Dios sean dadas.
—¡Me llama vd. á la madre obrera!
—Oh hermanito, ¿cómo le va vd?
—Bien, madreita; los parchecitos de nuestro padre Sr. S. Nicolás me prueban á las mil maravillas; pero ya se vé, todo es la voluntad del Señor.

—¿Qué tal lo hizo nuestro padre capellán?
—Pico de oro, madreita: duró el sermón como una hora.

—Parecía un santo doctor.
—Hay van esos bizcochitos y el chocolate, ¿venía vd. en ayunas?
—Sea todo por Dios.
—Madre sor Juana, aquí está nuestro mayor-domo el Sr. D. Analecto.

—¿Qué, si ya no lo quiero á vd.: ¡si nosotras fuéramos las Isabelas!

—A todas las quiero, madreita, vengo á ver si se ofrece algo.

—Ya concedió su Ilma., indulgencia á mi niño.

—Doscientos días por cada credo y ----
—¿Toma vd. lecheita sobre el chocolate?
—No se moleste su reverencia, &c.

Con media arroba de caracas en el estómago, y hasta media docena de bizcochos, el cristianísimo D. Analecto antes de partir, revisa su oficina donde los sobrestantes y uno que otro inquilino lo esperan con el mayor acatamiento.

Allí es lacónico; su aire es sultánico, y sus resoluciones decisivas; todos hablan en voz baja; se instala en su gabinete frente á su Crucifijo de Guatemala, al lado un nicho con nuestra Señora de los Dolores, elegantes floreros, sendas escupideras, y junto al brasero de plata un brasillero humilde de barro, copado de ceniza.

Despoja inquilinos, tormenta empleados pobres y militares sin prorateo; pero á la vecina pisipireta, ojinegra y melosa, del cuarto núm. 8, entre formal y zalamero le escoge á solas la renta, y por fin, por fin, ella se retira nácar como una amapola, mientras él queda componiéndose el semblante y recobrando su gravedad; ojo alerta, que algunos por estas y otras travesurillas, ¡mordaces! le achacan

*Malas mañas
Como un demonio.*

Almibar en los labios de D. Analecto, siempre; siempre sus ojos fijos en el suelo; siempre hablando en voz baja y restregándose las manos

al encomendarse al Señor; parece un hombre sin enemigos, tal es su afabilidad aparente; si digo bien.

*El tiene una carita
De San Antonio.*

Pero si aquel santo corazoncito abriga un resentimiento venenoso, no por eso lo abandona la humildad ni su tolerante sonrisa: con las mejores intenciones del mundo, afea la conducta de tal empleado, como compadeciéndose de la debilidad humana: publica sus defectos y sus vicios, y ya que encendió los ánimos, ya próximo á consumar la ruina de un infeliz, aboga con resfriador por él y promete á su nombre la enmienda. ¡Cáscaras!

*Esas son malas mañas
Como un demonio.*

Siguiendo el ejemplo del Salvador del mundo, agasaja á los niños, y los jóvenes lo veneran por sus virtudes; él les aconseja la moral mas pura, la obediencia á los padres, la resignación en los trabajos, y cuando á algun párvulo preguntan por D. Analecto, luego responde:

*Si tiene una carita
De un San Antonio.*

Pero cuando alguno de esos jóvenes se lleva la palma entre las bellas, y forma contraste su viveza, su elegancia y su edad, con el conjunto de D. Analecto; entonces, siempre riendo, informa de su conducta á los padres del jóven, les encarga la conciencia, todo por amor al mismo muchacho, y emponzoña la existencia de una familia. Respondan ahora francamente, ¿qué es esto?

*Esas son malas mañas
Como un demonio.*

La fama de D. Analecto vuela; hombres verdaderamente acudidos le confían sus negocios, y los maridos lo hacen confidente de sus culpas domésticas.

Si la esposa es bonita y promete esperanzas, nadie interviene en el avenimiento de los consortes como D. Analecto; convierte á la esposa, le concede la razon, la regala un tápalo, hablandola de confesiones y jubileos deja deslizar timorato su mano: despues es el todo de la casa, el padrino del primer niño, el marido le debe, la esposa le agasaja, y la criada de mas confianza, cuando de él se habla, exclama con candor, ¡quien, Sr. D. Analecto!

*Si tiene una carita
De un San Antonio.*

Nunca, por ningún título cuando entabla una relacion se dirige á las muchachas; las viejas son su encanto, se informa de sus enfermedades, reza con ellas al toque de ánimas, les busca costuras, é influye porque se les pague el montepío, ó en el arreglo y prosperidad de cualquier negocio; dueño ya de los secretos, desvia astuto

los cortejos de la niña, siempre indisponiendo á la madre; despues, con cuentecillos y demas, se inicia en el ánimo de la jóven; á los pocos dias la madre está loca de júbilo porque la sacó á la retreta Sr. D. Analecto; despues, ¡ah! despues la vieja allá á sus solas llora y se lamenta, diciendo: ¿quién lo creyera de D. Analecto!

*Tiene unas malas mañas
Como un demonio.*

Si en una casa hay una enferma buena moza, el primero es D. Analecto en procurar el bien de su alma; viene sin sombrero en un coche con el niño de San Juan ó la Virgen del Campo florido, y al verlo, vela en mano, rezando en latin, y tan compungido, á una voz esclaman todos, es una alma de Dios el Sr. D. Analecto.

*Si tiene una carita
De San Antonio.*

Se instala en la cabecera de la cama, sin apreciar en nada su levita, asiste al baño de pies, y cuando todos lloran y se comprimen, D. Analecto á la espalda ve con ansiedad aquella piel tan blanca y lustrosa de la pierna, aquel pie pequeño, aquellos dedos torneados, y opina porque se prolongue el baño. ¡Cáspital, ----

*Esas son malas mañas
Como un demonio.*

En un dia de campo, en un baile, es D. Analecto un primor, escita á las jóvenas á ardientes retozos; van, corren, se sorprenden, huyen y vienen á refugiarse con él, con el cabello descompuesto, el pañuelo desprendido, palpitando de ansiedad y de amor; D. Analecto compone el pañuelo y se complace con el seno morbido; las muchachas inocentes dicen, ¡qué buen humor! ¡qué afabilidad de D. Analecto!

*Si tiene una carita
De San Antonio.*

Yo me río y digo: á otro mastin con ese hueso, *Esas son malas mañas
Como un demonio.*

Un duelo, es una bonanza para el Sr. D. Analecto; no hay buena moza que se prive que no vaya á dar á sus brazos; allí se las apropina, sufre sus convulsiones y cuida de su honestidad, cubriéndoles los pies y el seno, ¡qué oficioso! ¡qué buen hombre! no puede engañar,

*Si tiene una carita
De San Antonio.*

A la viuda, si es bonita, la consuela y le aconseja no se deje alucinar por esos jóvenes libertinos que ni oyen misa, ni temen á Dios; la viuda grita, él llora; se esfuerza sollozando la viuda, el giñiendo la eshorta á la conformidad, y el tesoro de su rostro angelico, lo pega á su rugoso semblante, siempre respetando la voluntad de Dios.

*Esas son malas mañas
Como un demonio.*

En los bailes, como iba diciendo, parece no participar del rejegoio general, y se retrae á un rincón, tal vez junto de los músicos; es el depositario de los *schaletos* y ridiculos, de los tápalos y de los abanicos; las jóvenas que quedan aisladas son pasto de su alma, no se sabe lo que hablarán: ellos están muy unidos, la niña ruborosa y el visusito, en aquella aptitud doblemente hostil, invade los rodeos y bebe primero que nadie, siempre con circunspeccion, francamente dice lo que le daña, y aunque todos duerman en el suelo, se le dispone su cama y se le deja solo para que rece sus devociones. ¡Pobre D. Analecto!

*Si tiene una carita
De San Antonio.*

Detesta las cuadrillas, influye por trasmano para que se bailen boleras y cachuca; y cuando todos ven las airosas posiciones de la danzarina, el embuido en expansion de deleite mental, con los ojos fijos en los ágiles pies, saborea y se embriaga de voluptuosidad. ¡Seamos imparciales.

*Esas son malas mañas
Como un demonio.*

Cuando una niña sube á un coche, es el primero en observar hasta dónde se alzó el tónico: en el teatro ocupa lugar entre los bobos que ven subir las escaleras á las señoras, y sin disputa sería el primero en dar razon de los géneros de la ropa interior del bello seco.

Cuando desprendido de la empalagosos etiquetas, y desahogado de la agobianora cargado del papel, que tan hábilmente desempeña, se junta con otros vejetes de su jaez; allí es un pasmo D. Analecto; allí destroza la honra de tal casada, los interiores de tal familia, el faeco de tal marido; parece que jamás ha visto el rostro de una muger; de una alaba sus buenas proporciones; de otra el talle frágil; de aquella el pie pequeño; de la otra la robustez y lozania.

Ya no hay monjas ni predicadores, ni La-Valle, ni el padre Parra; nada, erónica escandalosa, alusiones obscenas, citas de Figarró/Lebrun, nada, nada que recuerde aquella carita de S. Antonio. Al teatro solo asiste por el baile; se colorea en el mejor puesto, reniega de los calzones y de las medias de color; y cuando la Jota retoza, replica el triángulo, redobla la castañuela, D. Analecto loco perdido se inclina para ver el pié de la actriz; sale de su estupor y saborea una á una sus excitantes contorsiones.

*Esas son malas mañas
Como un demonio.*

Sr. Sr. D. Analecto, esa es una rápida ojeada á su vida de vd. y á sus propensiones; yo bien sé que así se atezora, que así se obtienen altos puestos, que así se roban corazones, y se come y se vive *comme il faut*.

Yo sé tambien, que cuando se vitupera al ca-

lavera franco, porque pretende á tal muchacha, por sus conversaciones imprudentes, por su desenvoltura, á vd. lo acatarán, seductor, aborrecible hipócrita; de vd. harán confianza los padres y los maridos; de vd. dirán los imbéciles; es un hombre formal! es un dechado de honradez, y hasta el semblante de D. Anacleto,

*Qué! tiene una carita
De un San Antonio!*

Pero eso no es conmigo, caballero Parsimonia; yo gritaré; y al verlo gaseado, de ojos bajos, hablando quedo, y lleno de devociones, les diré á mis conocidas ¡zap! Muchachas, ojo alerta con D. Anacleto; lo ven tan paesto y tan músico, pues tras de la cruz está el diablo; aunque vaya al jubileo, aunque persigue cuanto coma, aunque os regale escupularios, y os recomiende á los buenos predicadores ¡zap! D. Anacleto

*Tiene unas malas mañas
Como un demonio.—FIDEL.*

BOLETIN SEMANARIO.

Muy pocas, ó por mejor decir, ningunas noticias de interes tenemos que consignar en las páginas del Museo: así es que por esta semana nos contentaremos solo con hablar dos palabras sobre

TEATROS.

El día 3 en que comenzó el nuevo abono, los empresarios y actores de Nuevo-México hacen sus esfuerzos para no perder su situación teatral, y se anunciaron *las Memorias del Diablo* y un hermoso padeú por la señora Merced Pavia y su hermano. La pieza ya conocida escitó el interes de su misteriosa intriga, y obtuvieron largos y prolongados aplausos los Sres. Barrera, Hermosilla y Mata. Pero lo que rogoció sobremanera á los partidarios y concurrentes de Belchite fué el padeú, estraido de la *Encantadora, ó el triunfo de la cruz*, y en la cual los Paviás ostentaron toda su habilidad en el arte de Tepscico.—Si se creen los aplausos y los elogios de los concurrentes, aquel baile fué una obra maestra de gracia, de agilidad y de destreza: los aplausos lo interrumpieron muchas veces, y las coronas y los versos vinieron á hacer la ovación triunfal de los jóvenes artistas. Los versos desgraciadamente eran mas que malos.

Día 6.—Se repite el baile con los mismos aplausos y el mismo entusiasmo. Se da por primera vez el *Redactor responsable*, que se anuncia como obra de Breton, y que si lo es, no contribuirá sin duda á su fama, pues que si se exceptúa el mérito nunca desmentido de su versificación y algunas sales, con tal cual escena de

efecto cómico, no vimos ni argumento, ni acción, ni caracteres, ni verdaderas gracias cómicas. La ejecución estuvo apenas mediana.

En el Principal se ha repetido la comedia del Sr. Breton "*Un novio á pedir de boca*," la cual ha sido muy bien recibida del público, y con mucha justicia, pues la versificación, las sales cómicas en que abunda, y las escenas originales que tiene, como la del escondite detrás del biombó de los tres amantes, y la del desmayo de D. Celestino en brazos de la viuda, la colocan al lado de las producciones que honran la pluma del festivo y fecundísimo Breton.—Alguna vida y movimiento se nota en Santa Paula, pues así la señora Francesconi, como los demas actores, han recibido frecuentes aplausos.—El ramo de baile ha mejorado tambien, pues la señorita Moezuma se esmera cada día mas, y el público la tributa en recompensa multiplicados aplausos.

El domingo 6 se puso en escena en dicho teatro, la comedia de D. Tomás Rodríguez Rubi, titulada: *Los dos Validos, ó Castillos en el aire*. Las hermosas poesías que habíamos leído de este autor, nos hicieron concebir favorables impresiones respecto al drama anunciado; pero nuestras esperanzas quedaron burladas.—El drama no tiene ni interes ni acción. Los personajes no tienen carácter marcado, y el padre Everardo con su lento y pausado hablar, su refinada hipocresía, y sus intrigas rastreras, nos parece el personaje mas anti-dramático que haya podido imaginarse.—Los actores lo hicieron medianamente; y el padre Everardo ó no sabía su papel, ó creyó que es forzoso que hablen espacio los ministros intrigantes.

D. JOSE LA-MADRID.

Este actor, que hace mucho tiempo estaba separado de la compañía del teatro principal, á causa de sus enfermedades, ha reparado ayer á sus amigos y al público, unos convites anunciando que el empresario y actores de Nuevo-México le han concedido una función, que se verificará el martes próximo. Tal acción es muy noble y generosa, y por tanto, la justicia nos obliga á elogiarla.—Entre los artistas, es muy loable que reine la armonía y confraternidad.

ESTÍMULOS LITERARIOS.

Hace mas de un mes que un señor censor tiene en su poder un drama original de un joven amigo nuestro, y aun no lo devuelve. Se dice que está haciendo disertaciones teológicas para fundar y comprobar su opinion en un oficio que debe pasar al señor prefecto. ¡Desgraciada literatura, que está bajo la férula de la policía, como si fuera muger perdida ó ebrio conculinario.

PANORAMA DE MEXICO.

LA VILLA DE PARRAS.

Hé aquí una población bella y hermosa, que en las estaciones del año se presenta siempre á la vista de un hombre observador, con un aspecto tan caprichoso, tan diverso, y tan pintoresco: se fundó á fines del siglo XVI despues de conquistadas estas comarcas, y retirada la multitud de naciones bárbaras que antes las habitaban. Del Saltillo, capital del Departamento de Coahuila, fundada el año de 1588, salieron pobladores para los otros Departamentos internos, y de allí vinieron tambien los que fundaron á Parras. Por la sujecion ó manera con que antiguamente se gobernaban los naturales de este lugar, y por los restos, que todavía se advierten, de algunas familias descendientes de los indios de la gran Tlaxcala, se conjetura que sus primeros pobladores fueron tambien de esa raza.

Cerca de la plaza principal está una roca ó peña escarpada, de poca elevacion, conocida con el nombre de Tescalco: tiene una cueva cuya entrada se percibe aun desde lejos, y por tradicion se sabe, que unos padres jesuitas acendiando á los primeros pobladores, y cantando las letanías, llegaron y celebraron en ella la primer misa: este hecho lo he visto confirmado en una pequeña imagen del Salvador que se conserva en una de las capillas del templo de los jesuitas, y tiene este letero: "*Ante esta santa imagen se dijo la primera misa en el pueblo de Parras, en la cueva del Tescalco: día de la Assuncion de Nuestra Señora: año de 1594, cuando fundaron la Mision los Padres de la Compañía de Jesús.*" Pero sea de esto lo que fuere, Parras está cuarenta leguas al Poniente del Saltillo, tiene ahora nueve mil habitantes, y la población está situada en un terreno desigual, no dilatado; y dominado por un alto que queda al lado del Sur, formando una ladera cubierta de árboles y viñas. De entre estas huertas sobresalen los áridos cerros de la Secasion, y S. Gabriel, que se elevan á mayor altura, y presentan una perspectiva fantástica y colosal.

Por el rumbo del Sur linda Parras con una cadena de colinas sin vegetacion, pálidas, tristes y de un aspecto monótono, que los moradores las llaman *las lomas del ojo de agua* (1) y cer-

ros del *Sombrerettillo*: el resto de la población que queda como en un bajo, se extiende por el Poniente hasta el pie de una gran sierra azul, que parece que se eleva hasta el cielo; y en la primavera, la fragosidad y aridez de aquellos cerros, y de esta enorme montafia, contrastan admirablemente con lo ameno y delicioso de la población. Media legua al Norte del lugar están las tierras de labor de la hacienda de S. Lorenzo; y por el Oriente linda la población con las casas, viñas y tierras de la hacienda del Rosario, una de las mejores fincas del ex-marquesado de S. Miguel de Aguayo, y que solo forma una pequeña parte, comparada con la cuantiosa concesion de tierras, que á sus primitivos dueños les hizo el antiguo gobierno español, en premio de la conquista de este cultivable y rico territorio.

Seguramente se fundó la población en este sitio, por la abundancia de agua, y por lo fértil, ameno y delicioso del terreno. En el alto que la domina están esparcidos la mayor parte de los manantiales, y la agua se encuentra en él, á poca profundidad, lo que facilita aun el riego de muchas milpas y viñas aunque pequeñas; sin embargo, como las lluvias son generalmente escasas, la agua corriente que producen todos los manantiales, no es suficiente para el riego de las viñas y laborios que anualmente se hacen en los contornos de la población. Quizá presto, los vecinos propietarios de Parras, conociendo sus verdaderos intereses, podrán extraer la que necesitan, sin oponerse unos á otros, determinándose á celebrar *transacciones*, en que concilien el respeto á las posesiones actuales, con la explotación de la agua, que evidentemente se conseguirá, tajando algunos terrenos de esta población, en que mana casi naturalmente. Entonces las pérdidas considerables que han sufrido los capitales, presto se repararian: la miseria y las cuitas públicas evidentemente disminuirían; y la villa de Parras adquiriria un aspecto mas bello y mas hermoso que el que ahora presenta en las estaciones del año.

La agricultura es el ramo á que se dedicaron desde su origen los moradores de este lugar, y

(1) En este punto está el mayor y mas grande manantial de este lugar: produce casi un buey de agua, y
TOMO II.—IV

está dividido en cuatro partes; una es del vecindario de Parras, y las otras tres, que antes eran del marqués de Aguayo, hoy pertenecen á los Sres. Sanchez,

por eso se observa que lo mas del año están ocupados en el cultivo y cuidado de sus viñas: en la fábrica y trasiego de los licores; en la labranza de sus laboriosos de trigo, maíz, frijol &c., y en la siega y cosecha de los frutos de estas empresas. Estos artículos que con abundancia produce este suelo cultivado, forman la riqueza de la población, y son de muy buena clase; pero particularmente la calidad del aguardiente y vino que se fabrican, es tan excelente, que sin duda pueden competir con los licores mas apreciados de la Europa. "La feracísima villa de Parras, dice el Sr. D. Miguel Ramos de Arizpe (2), "que ocupa cuasi esclusivamente la mayor parte de sus diez mil habitantes en el cultivo de las viñas, forma principalmente su subsistencia en la fábrica de excelentes aguardientes, y muy generosos vinos, que se llevan á México y otros parages de aquel reino. ¡Desgraciado pueblo de Parras! ¡Cuál sería tu opulencia si no te abrumasen hasta hoy, las mas vergonzosas trabas que has puesto tantos siglos por la codicia de los monopolistas, y la ambición de los magnates que oprimen los robustos brazos de tus laboriosos hijos! Enjuga ya las lágrimas que te ha sacado la miseria, viviendo en el país de la abundancia, y descansa segura de que el tutelar y sabio gobierno, que ha roto ya las trabas del monopolio anti-agricultor, dará ensanches á tus frondosos viñedos, y te pondrá en goce de las abundantes aguas que te dió naturaleza, para que los haga reverdecer y fructificar con abundancia."

Por desgracia hasta hoy no se cumplen las patrióticas y benéficas intenciones del Sr. D. Miguel Ramos de Arizpe. Parras con sus habitantes destinados continuamente al precioso ramo de la agricultura, base de la verdadera felicidad de los ciudadanos y de la riqueza y opulencia de los estados, permanece actualmente en la pobreza, y en la miseria mas grande. ¡Ah! la devastación, é innumerables asesinatos, que anualmente cometen las tribus bárbaras y feroces; y los efectos de las estrordinarias heladas que habiádo en estos últimos años, tambien han venido á aumentar enormemente la consternación y la decadencia de sus desventurados hijos.

LA PRIMAVERA.

PARA fines del mes de Marzo los propietarios de Parras han cultivado ya perfectamente la mayor parte de sus fincas, y la primavera sigue desarrollando sobre los árboles y las viñas, los nacientes vástagos y sarmientos, llenos de brotes y hojas lustrosas, de un verde claro y apacible con que las cepas comienzan á cubrir sus copas.

(2) Memoria presentada por el Sr. Ramos Arizpe en las cortes generales y estrordinarias de España, el día 1.º de Noviembre de 1811.

Las inmacollas de azucenas, y claveles de diversos colores, la multitud de cercados y rosas de Castilla: los lirios, las amapolas, y otra innumerable variedad de plantas, que abundan en este sitio, ostentan en esos meses sus matices, su brillantez, y sus formas: la población en todas partes se presenta esmaltada y caprichosa, y el aire se encuentra perfumado con las emanaciones de las flores, de la albalaca, del torongil, y otras plantas odoríferas.

¡Pero qué embeleso es ver á Parras en las noches de luna de la primavera! Los templos y las casas apenas se advierten, como hundidas entre un inmenso arbolado: los albaricoques, higueras, duraznos, perales &c.: los fresnos, los almendros, los sauces y otros árboles corpulentos, sombreando con sus grandes follages á las parras, y otras plantas pequeñas que están á sus pies, se presentan entre las viñas á manera de gigantes, y causan una sensación inesplicable cuando la luna desde el zenit plata sus verdes hojas con los destellos de su pálida luz. ¡En cuántos sitios con placer puede el hombre detenerse á contemplar los dignos objetos y maravillas de la creación! Algunas veces el silencio de estas noches es inalterable, y apenas lo interrumpen el susurro de las aguas de los manantiales que se derraman en la población, el canto de los canzonetes, y de algunos otros pájaros nocturnos... ¡Difícil es entonces resistir á la tentación de subir al alto, é treparse en las cumbres de los cerros de la Secasion, y San Gabriel, porque ellas parece que invitan á los moradores para gozar en común del bello espectáculo que dominan, y que la población alumbrada presenta á sus faldas.

En los meses de la primavera, es cuando los moradores de Parras tienen menos que trabajar en sus fincas: todas las viñas y demas árboles frutales han anunciado ya el fruto que se ha de cosechar, y solo cesigan que en esta estación se enderocen las plantas pequeñas y florecibles; sin embargo, como la nevada del 11 de Marzo de 1841, y la helada del día 15 de Marzo de este año, han destruído los viñedos, hasta el extremo de reducir las fincas á la mitad de su valor, la operacion de *estacar las viñas* es ahora de mucho costo, y es tanto mas importante, cuanto que solo de ella, y de las nuevas plantaciones que se hagan en los años venideros, depende la reparacion de la enorme pérdida que han sufrido los capitales, con aquellos acontecimientos raros y memorables.

EL ESTÍO.

La primavera ha renovado y desarrollado los ramages, las hojas y los frutos de las viñas y los árboles: mester es que las calores del verano y las tempestades ó réticos aguaceros del

estío, vengán á acelerar la fuerza de la vegetación, y á preparar la maduración de las frutas. Esta es la estación, en que así como las demas poblaciones del Departamento de Coahuila, la de Parras tambien experimenta muchas veces esos vientos abrasadores y molestos. El territorio del Norte de nuestro continente, que comprende los Departamentos internos, y está situado en la zona templada, tiene un clima variadísimo; frecuentemente á un estrordinario aumento de calor, le sucede en forma el granizo y lo despide con fuertes truenos y explosiones eléctricas; y aunque por lo regular comienzan en Parras las lluvias á fines de Junio, y duran Julio, Agosto y Septiembre, son siempre mucho menos frecuentes que en las poblaciones situadas en lo interior del país.

Los meses en que la primavera ha estado desarrollando los seres de la vegetación, á los moradores de Parras los ha reanimado tambien, recordándoles los frutos y las utilidades de la agricultura de las tierras, para que reptan de nuevo las empresas de su industria agraria: es por eso, que ningún año los labradores dejan de preparar con tiempo los pocos terrenos á propósito que hay en los contornos de la población, para hacer en ellos sus laboriosos, conforme caen las primeras lluvias del estío.

En esta estación tambien se les multiplican sus trabajos, sus quehaceres, y sus gastos: por una parte, las limpias de las viñas, las siembras de maíz y frijol, &c., y por otra la siega ó cosecha del trigo, hacen que hasta las inmediaciones de la población estén llenas de gente, y que se observe un gran tráfico formado por los labradores, los jornaleros, los fleteros &c. Todo este conjunto de faenas y rústicos trabajos escitan los mas vivos afectos, y las meditaciones mas agradables; pero la impresion que se siente las tardes en que ha presentádose un grande aguacero, unida á la que por sí causa el aspecto de la labranza, es casi inesplicable. Las nubes atraídas por el viento comienzan á amontonarse pausadamente hasta que interceptan la vista del sol y de la bóveda celeste: forman luego una sola mole densa, pesada y en partes negra, hasta que disolviendo en la atmósfera el agua que contienen, la precipitan con fuerza, y descendiendo acompañada de truenos y relámpagos frecuentes. Yo he salido muchas veces al campo despues que ha caído un grande aguacero, solo por gozar del bello espectáculo que entónces presenta la naturaleza: de las viñas y los árboles ruedan y caen innumerables gotas cristalinas de la lluvia de que quedan empapados: siéntese aun á gran distancia el estruendo de los alubionos ó avenidas de que vienen crecidos los arroyos que parten el poblado: obsérvase una ale-

gría y un contento general en todos los labradores, y á muchos se les vé llenos de inquietud, correr sin pérdida de tiempo con los instrumentos de su agricultura, ¿á donde? á regar sus sembrados, é como ellos se esplican, *á atajar acendrada para las milpas*. Las nubes velas y ondulantes, comienzan luego á dividirse y á cambiar de forma, dejan ver un cielo azul, purísimo y hermoso, y el sol radiante y próximo á su ocaso, brilla entre esas mismas nubes que dora y hace resplandecer cual si fueran montañas celestes; y el Oriente? ¡Oh qué embeleso causa ver en el Oriente muy inmediato y diseñado desde la tierra hasta el firmamento el magnífico arco-iris, que se presenta reflejando los bellos y hermosísimos colores de que se compone!

EL OTOÑO.

Este es el tiempo de la mas grande concurrencia de los foresteros á Parras: la época de las cosechas de todas las frutas: es la estación de las vendimias, ó aquella en que se cortan las uvas, para convertir sus zumos en los vinos generosos de Parras. El aguardiente, el vino blanco, el vino dulce y carlon, son los licores que generalmente se fabrican de este fruto especial y benéfico. Las tortas de pasa é higo, el orejon de rosa ó durazon, las nueces y la uva pasada, son por lo regular las frutas de que salen cargados los atajos de mulas, que con otros efectos entran á Parras en el otoño.

En todo el mes de Agosto se hacen todos los preparativos necesarios para la vendimia: los toneleros componen y aprietan las pipas, los toneleros, las cubas &c., y los operarios estancan todos estos muebles de las bodegas; registran los cobreros, los alambiques y los cazos, y tapan aun los agujeros mas pequeños que en ellos se advierten: compone y limpia el alfañil los lagares, las paillas y las aguardienteras, y todos los propietarios se empeñan en tener un gran acopio de leña, para la destilación del aguardiente y los cocidos de arrope.

El mes de Septiembre llega, y las viñas todas con sus pámpanos medio secos, presentan descubiertos sus maduros racimos, para que los moradores de Parras principen sus vendimias, y olviden unos días el tedio que causa la maldada pobreza general. Todas las mañanas de Septiembre, los operarios ocurren á las bodegas de los propietarios á recibir sus cestos ó canastos para irse al corte de las uvas, y en el resto del día se encuentran con frecuencia *cuadrillas* de á diez, veinte, cuarenta, hasta setenta jornaleros en hilera, y conduciendo en la cabeza sus canastos llenos de aquel fruto. En las calles, en los lagares y en las buertias, gritan, cantan, y aumentan el estrépito del continuo tragar, que en Parras se observa durante la vendimia; y den-

